398.2 Vidal de Battini
V649m
Mitos sanluiseños

DATE	ISSUED TO

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7797
.V44
M5

The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

MITOS SANLUISEÑOS

BERTA ELENA VIDAL

PQ7797
.V44
M3

MITOS SANLUISEÑOS

BUENOS AIRES
1 9 2 5

"PRINTED IN ARGENTINE"

A los miembros de "El Ateneo Popular de San Luis", en cuyas manos está el porvenir intelectual del terruño.

422886

PROLOGO

La fuente mitológica de nuestra tradición es honda y fecunda como pocas.

Arranca desde el fondo oscuro de los tiempos prehistóricos, pasa por la época del descubrimiento y la conquista y llega hasta nuestros días; nace con las razas primitivas, abraza el alma heroica y mística de los conquistadores y llega hasta la substancia nueva de las generaciones presentes. Entra en ella el elemento arcaico de las lejanas épocas y el exótico de la civilización europea, a los que va agregándose el de nuestros días, pues, allá, en el seno de los bosques y en el aislamiento de los valles nativos, sigue tejiendo sus áureas

madejas el incansable genio de la raza. Por eso, al lado de viejos mitos y leyendas indígenas, encontramos otros que recién comienzan a vivir: aún no ha terminado el pueblo en su obra de creador, y para ello los entregará a las generaciones venideras. Nuestra tradición, en muchos de sus aspectos, está en pleno desenvolvimiento.

En los mitos que me ocupan está esto demostrado. Mientras que algunos han llegado a un desarrollo completo, en que se dice y se comenta todo, como en "El quirquincho" o "La iguana", en otros como en "El boyero" faltan detalles y pormenores; es evidente que están en formación y no es difícil que se modifiquen o que cambien fundamentalmente. Otros, apenas se han esbozado como el de la calandria, de quien se dice que fué una cantante maravillosa, el de las cabras, que llevando ojos en las rodillas las da como una creación del Diablo, o el de los lagartos que supone a estos reptiles metamorfoseados por obra de un encantamiento. Principian ellos su camino. Nacen en forma de una idea ,se amplían con la observación del animal, se agrega la causa de la metamorfosis, siempre de tendencia moralizadora, y haciendo intervenir a la Voluntad

Suprema, queda el mito constituído. Para esto ha tenido que rodar de boca en boca, por largo tiempo y a través de varias generaciones antes de adquirir su última forma.

Al recoger los que forman este libro encontré varias versiones de algunos de ellos; muchas eran el mismo argumento en distintas etapas de su evolución; tomé por supuesto el más completo. Cuando ellas fueron tan distintas que podían tener existencia independiente, preferí consignarlas. Pasa ésto con animales que llaman la atención más especialmente por algunas de sus características, como la fealdad proverbial de la vizcacha, el andar nervioso y el continuo sobresalto en que parece vivir el tero, o el aspecto misterioso y la vida nocturna de la lechuza, unidos a las mil supersticiones y fatales presagios de que se la cree poseedora. Por eso es que en el presente volumen se encontrarán mitos distintos refiriéndose a estos animales. La fantasía popular enamorada del misterio y dueña de un fatalismo atávico, busca la explicación de los seres y las cosas que sorprenden, enternecen o causan aversión, dentro de ese círculo fabuloso, siendo colaboradora siempre la naturaleza salvaje que los rodea.

Muchos, muchísimos son los mitos existentes en la tradición oral, pero en este trabajo sólo he coleccionado aquellos cuyo argumento gira alrededor de una metamorfosis y una metempsicosis perfectas, que han transformado a los hombres en seres inferiores y fantásticos.

Con la certeza de que casi todos ellos son regionales y que apenas si hay algunos generales, he considerado en este trabajo una sola región, la que comprende la Provincia de San Luis, por serme en ella fácil la cosecha por mis propias manos. Empeñada en este trabajo, tuve la sorpresa de comprobar que es una de las provincias que cuenta en su haber tradicional con mayor cantidad de ellos, como lo comprueba la recopilación folklórica de las mismas, existente en el Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras.

Es además un punto intermedio entre el Norte tradicional y el Litoral cosmopolita, un lazo de unión entre la selva, la montaña y la pampa. Allí concurrieron la civilización quíchua y la civilización araucana, y se unieron en un abrazo indisoluble la tradición indígena y la fantasía española, de una manera más completa que en cualquier otra provincia, habiéndose conservado intacta hasta nuestros días,

gracias a la poca afluencia de extranjeros a su territorio. Después, la vida tranquila, sosegada de sus gentes, conservadoras de sus antiguas costumbres y a las que no abruman los activos trabajos de la agricultura, las ha llevado a la observación inteligente y profunda de los animales de su fauna y a encontrarles afinidades con el ser humano. Y eso es lo interesante en estos mitos en que ni uno solo de los detalles es falsos, en que el juicio es claro, la observación precisa, las analogías curiosas y llenas de una lógica desconcertante. Añádase a ésto el traducir en palabras onomatopéyicas el grito o el canto de los animales, que aclaran o afirman el argumento del mismo, como en el coro de los sapos o el lamento del crespín. Otras veces el animal es silencioso como el ataja-camino, por llevar en su alma la vergüenza de un pecado.

Todos ellos, no sólo son el producto de una transformación completa y definitiva, sino que son también la verdadera encarnación de un alma: el hombre pasa a constituir para el mundo, otro ser.

Dios, un Dios al que jamás le dan otro nombre, es el que metamorfoseó a sus hijos. Es indudablemente el Dios de los cristianos, pero

no para ellos en el sentido exacto de su Credo.

Los misioneros dejaron en nuestros campos el concepto del Ser Supremo, pero para conquistar a aquellas almas bárbaras fué necesario intensificar la idea del temor.

Terribles debían ser los castigos en aquellos tiempos de vida absolutista, y en donde por lógica debía imperar la razón del más fuerte. ¿Qué castigo mayor que el de perder la investidura humana? ¿Cuál más palpable que el que se cumplía en la tierra, y todo el mundo conocía?

Son todos ellos de fondo moral indiscutible, en que el Señor castiga al avaro, a la chismosa, al criminal... Mas, no siempre ha de levantarse su mano con crudeza, alguna vez ha de ayudar y recompensar a los corazones tiernos y angustiados, o más grande su misericordia todavía, protege a la criatura arrepentida y engañada que los hombres desprecian y olvidan.

Esto nos da una idea clara de la religión de nuestros campos. No es, por supuesto, el catolicismo vertido por los catequistas de la época heroica. Al quedar la religión en el alma de nuestros antepasados y al ser heredada después por la del gaucho, ha sufrido la influencia del medio, la de los viejos cultos bárbaros, la del

aislamiento y sobre todo la de la propia idiosincracia de la raza que surgía. Es como dice Don Ricardo Rojas, "monoteísta y cristiana", a la que se ha agregado una cantidad de supersticiones y prácticas nuevas y curiosas que le dan un carácter realmente pintoresco, pero lleno de un fervor y una sinceridad admirables no desprovista de cierta fatalidad congénita de los hombres que la practican.

La maldición, la bíblica maldición tiene entre nuestros campesinos un significado quizá más terrible que en aquellos lejanos tiempos de la historia de la humanidad. Lleva en sí algo como un secreto e infalible poder, y se agita sobre la cabeza culpable, dura y cruel, cumpliendo su designio de justicia. Maldiciones han sido muchas veces las que han motivado las dolorosas metamórfosis que constituyen estos mitos, por eso los hombres de mi tierra la temen como al peor de los castigos o de las venganzas, y sólo la formulan en el colmo de la ira y dirigida a los peores enemigos. Mas, cuando es injusta, no castiga al inocente, sino que por el contrario, cae sobre el mismo que la formulara.

No es difícil que los primeros mitos conocidos en la Provincia, fueran tramados por los

misioneros en su obra moralizadora, alrededor de argumentos indígenas, pues, llevan confundido con el elemento español de la religión, que es nervio en ellos, el elemento autóctono de las costumbres de nuestra tierra, de los animales propios de la región y del ambiente de nuestros campos: son, por lo tanto, mixtos todos ellos. Ya no existen puros, aquí, ni los mitos cristianos traídos por los conquistadores, ni los netamente indígenas, como el Kakuy de las Provincias del Norte, tan admirablemente narrado por el Dr. Rojas en "El País de la Selva", o el "Lapia huauki" (el hermano envidioso) que explica el origen mítico del venado, o el de aquella piedra de Mautaro, con figuras humanas, que según la tradición, fueron dos pastores así convertidos por el Sol en castigo de haberle ofendido, consignados en el libro bilingüe "Azucenas Quechuas", editado en Tarma en 1905 *y firmado por Unos Parias. Tienen con ellos, grandes semejanzas los nuestros.*

Seguramente ha venido del Norte la idea de la metempsicosis, entre las muchas creencias y supersticiones que la civilización quíchua nos legó. El mismo libro que acabo de citar, dice en su interesante prólogo:

"Por otra parte el Perú (sólo en la India se han ocupado más de los animales) poblado por una raza eminentemente observadora que creía en la metempsicosis, creencia común hoy mismo...

Y más adelante:

"Desde el momento que se creía que el alma humana podía encarnarse en un animal, se profesaba la creencia en la trasmigración, luego nada de más razonable, ni de más consecuente, que estudiar las costumbres, los hábitos, la manera de vivir de estos animales tan interesantes que sintetizaban para el hombre de la época su porvenir y su pasado".

Ha llegado a nacer en los lugareños de nuestra Provincia la curiosa teoría de que hubo una época remotísima en que no existía un solo animal, pero que por castigo o misericordia de Dios, los hombres fueron convertidos en seres inferiores, llegando a formarse así, la fauna de la tierra. Apoyados en ella fueron buscando las causas por las que tal o cual animal de la región debió sufrir esta metamorfosis, y nacieron así otros mitos que, de generación en generación fueron perfeccionándose en su contenido.

Cuando se les interroga sobre el antece-

sor humano de algún animal cuyo origen mítico se desconoce, meditan sobre la causa que pudo haber determinado su transformación, y dan una contestación perfectamente lógica, que puede llegar a ser la iniciación de uno de ellos. No es difícil que alguna vez se utilicen también los restos de viejos mitos olvidados.

Recuerdo haber preguntado a un paisano sobre el origen de la viudita. No lo sabía, pero después de cavilar un momento me contestó con la naturalidad más grande del mundo: —...y, áhi ser alguna viuda qui anda llorando al finau, po. — ¿Y el jote?, volví a interrogar. Tampoco lo conocía, pero después de algunos minutos respondió: — ¡Ah, ese tiene qui haber síu un hombre muy malo y criminal! — Por esto afirmo que nuestra tradición, en muchos de sus aspectos, está en pleno desenvolvimiento.

No se crea que es tarea fácil la de recoger de la fuente misma del pueblo su tradición. Bien la conocen los que de ella se han ocupado, y en trabajos más difíciles y extensos que el presente. Nuestros campesinos desconfían de la gente "pueblera" como ellos la llaman, pues, la creen siempre dispuesta a reirse de

su atraso e ignorancia. Es necesario dar pruebas de creer sinceramente en sus leyendas, sus prácticas y supersticiones; contar uno mismo alguna de éstas a fin de que ellos corrijan, amplíen, o confiados ya, cuenten lo que saben, y pongan en nuestras manos el acervo maravilloso heredado desde quién sabe qué tiempo y desde cuántas generaciones.

Es indudable que la mitología es el fondo histórico de todos los pueblos. Por eso no debe extrañarnos encontrar mitos parecidos a los de nuestra tradición en Homero, en Virgilio, en Ovidio, en la Literatura Francesa, en las Literaturas Asiáticas, etc. No es sino una formación natural y lógica, la manifestación primera de los pueblos, y que se confunde con los orígenes mismos de la humanidad.

Los del presente volumen no son producto de prácticas extraordinarias y ocultas, no entra aquí la obra de Alfesibeo que, en la égloga VIII de Virgilio "quema inciensos machos y resinosas verbenas" pronunciando "mágicas palabras" para atraer a Dafnis, y que logrado el milagro exclama: "cesad, ¡conjuros míos!, cesad ya; mi amor vuelve de la ciudad." — Ese hábito mágico palpita en el de la bruja o el del familiar, de los que aquí no trato.

Gran similitud existe entre éstos y los de Las Metamorfosis de Ovidio. Hasta en el motivo son parecidos muchos de ellos: Aracne transformada en araña por Minerva, los aldeanos licios convertidos en ranas por Latona y Nictimeve trocada en lechuza por Neptuno, del poeta latino, recuerdan a La Araña, a los Sapos y a La Lechuza de nuestro folklore. Casi todos ellos son de fondo moral como los de nuestra tradición, en que Latona, Neptuno y Minerva son substituídos por un solo Dios, dechado de perfecciones, símbolo de augusta divinidad. Hasta la idea de que Dios aparece entre los hombres, de incógnito y en apariencia humilde consignada en La Lechuza de los Caminos, tiene su similitud con aquella del libro II de Las Metamorfosis, en que Apolo aparece conduciendo rebaños.

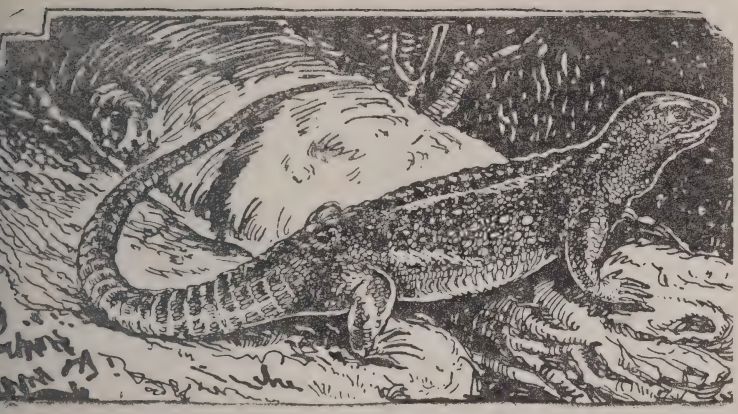
Aquellos y éstos tienen como escenario bosques, riberas o serranías, siendo el producto de la imaginación de pueblos supersticiosos, hondamente impresionables por la grandiosidad de la naturaleza y el misterio de lo desconocido, pero llevan en cambio la marca de religiones opuestas, la influencia de costumbres distintas y la idiosincracia de hombres diferentes: nacen de aquí las semejanzas que los acerca y las

diferencias que les da características inconfundibles.

He procurado no perder el carácter regionalista de los mismos, dentro de lo posible, en el estilo, en la forma y hasta haciendo hablar, alguna vez, a los protagonistas con su propio lenguaje. No me ha sido dado, en cambio, imitar la gracia admirable de los narradores de nuestros campos.

Por el fondo moral que contienen, por la sencillez de la forma, por lo curioso e interesante del argumento y por la observación justa e inteligente del ambiente en que se desarrollan, bien podrían entregarse estos mitos a los niños, en la seguridad de que recogerán de ellos sana enseñanza, y que en la fuente viva de nuestra tradición aprenderán a amar con más fervor y más conciencia a nuestra tierra.

LA IGUANA



LA IGUANA

Bajo el toldo fresco y húmedo del inmenso algarrobo que sombreaba el patio, doña Sunta, la famosa "médica" de la Cañada, separaba con sumo cuidado la grasa y los anillos que forman la piel en el rabo (de un gran poder curativo, según ella) de una joven iguana atrapada esa mañana.

Los chicos, que habíamos formado un círculo alrededor de la vieja, observábamos con profunda atención la faena.

De pronto, uno preguntó:

—Doña Sunta, ¿por qué tiene manos tan bonitas este bicho tan feo?

—Ah, ¿no sabís l'historia de l'iguana?

—No,—contestamos en coro. — Cúentela, cúentela, doña Sunta.

—"En aquellos años en que todos los cristianos eran animales"... — comenzó, y todos nos acomodamos buscando la mejor posición sobre los raigones del árbol en que estábamos sentados, dispuestos a no perder una sola palabra del relato que de antemano sabíamos interesante, pues, venía de labios de aquella mujer que era, en nuestro concepto infantil de apreciación, la cumbre de la sabiduría.

Fué narrando la fantástica historia pausadamente, en su jerga pintoresca, acompañada de elocuentes gestos y ademanes, con la convicción de haberla visto con sus propios ojos.

En aquel tiempo hipotético y lejano al que ella se refería, la iguana había sido una joven de hermosura sorprendente.

Sobre todo sus manos, eran de una perfección nunca vista, y al par que hermosas, hábiles: nadie tejía encajes tan finos ni randas tan complicadas como aquellas manos maravillosas.

¡Ah!, pero tenía, al lado de tanta perfección, el más horrible de los defectos: era en extremo vanidosa. Enorgulleciase no sólo de su persona, sino también de sus joyas y trajes, que ostentaba en profusión y variedad asombrosas.

Esa vanidad la hacía dura, inflexible, agria.

Nada había en la naturaleza salvaje que sobrepasara a su maldad: ni los hachones que se erguían en las laderas, erizados de púas, porque en cada primavera se llenaban de blancas corolas perfumadas, ni la más bravía de las crestas serranas porque en ellas crecían a veces los helechos y anidaban las águilas.

A todos los jóvenes que pretendieron su mano, que fueron muchos, muchísimos, les humilló de la manera más vergonzosa, añadiendo que sólo se casaría con un hombre, que a más de muchas otras cualidades, fuera tan hermoso como ella.

Un día, llegó de lejos, atraído por la fama de la moza, un príncipe inmensamente rico, joven, virtuoso, pero feo... A la niña, le pareció indigno de conquistar la gloria de su corazón.

Tanto se enamoró el galán de aquella estatua viviente, que habiendo agotado todos los medios de enternecerla, pidió ayuda a la madre de la joven.

La pobre mujer, conociendo lo soberbia y caprichosa que era su hija, temblaba ante la sola idea de un castigo del Cielo. Pensó en consultarle el caso a su confesor, un viejo y santo misionero, y pedirle a su vez tocara con sus palabras de fe y de humildad a aquella alma ofuscada, y así lo hizo.

Por primera vez en su vida, notó con tris-

teza el sabio sacerdote que sus pensamientos caían como semillas estériles. Aconsejó a la niña, le rogó, le previno contándole mil casos en que nuestro Señor había castigado a los que no sabían llevar con sencillez y cordura, los dones con que El les había favorecido. Le hizo notar lo poco que representaba la fealdad del mozo ante tanta belleza de alma y lo ridículo de sus pretensiones, pero fué todo inútil.

—¡Mira que puedes convertirte en un animal más feo que todos los de la Creación! — dijo el misionero sentenciosamente.

—Mejor, mejor — contestó la soberbia, — lo prefiero... en el más horrible de los animales antes que faltar a la más justa de mis ambiciones.

Y Dios castigó a la hermosa en su vanidad...

* * *

Aquella noche no podía dormir: algo desconocido, siniestro, la envolvía, la ahogaba...

La habitación estaba desolada y fría como la más profunda de las cavernas... Un silencio de muerte invadió sus oídos y una sombra más negra que la noche, cayó sobre sus ojos con pesantez de lápida...

Paralizada de terror, sentía su propia transformación: sus miembros se contraían fuertemente, la cabeza se alargaba hacia adelante, el cuerpo vibraba en ondulaciones de culebra,

la piel se endurecía y arrugaba en aspereza de guijarro. Sus anillos y brazaletes más valiosos y queridos, formaron un largo y carnoso rabo, que al unírsele, aumentaron la torpe fealdad del animal en que se convertía. Sólo las manos, lo único bueno y útil que hubo en ella y de cuyo mérito no se envanecía, conservaron su belleza, en aquel inmundo cuerpo de reptil.

Tuvo un momento de alivio, y ansiosa se palpó la cabeza, los miembros, el busto... La certeza del castigo divino la enmudeció, y temblorosa, jadeante, enloquecida de dolor y de vergüenza, huyó en la lobreguez de la noche, hacia la soledad de las cavernas...

LA LECHUZA DE LOS CAMINOS

LA LECHUZA DE LOS CAMINOS

Era en aquellos tiempos en que Dios se aparecía a los hombres, recorría los senderos o llegaba hasta sus moradas para corregirlos de sus pasiones y librarlos del pecado.

—¿Me va comprar el cinto con chirolas,

Tata? — interrogó el muchacho al viejo arriero, su padre, mientras marchaban por el polvoriento camino, detrás de la tropilla de mulas cargadas de mazos de tabaco en hoja, rumbo a Córdoba.

—Hay qui horrar mucho y gastar menos, m'hijo — dijo el viejo, — no tenimos nada; m'i de morir y se van a quedar sin un medio pa pan.

El joven dirigió a su padre una mirada interrogadora a pesar de estar acostumbrado a esta manera de llorar miserias, y entre afligido y temeroso habló:

—Pero mi padre, ¿y si Tata Dios s'enoja? No dig'eso. Tenimos muchas vacas, muchas yeguas, muchísimas cabras; la cosecha jué mejor qui otros años; los trojes están llenos y...

El viejo no pudo más y estalló en un grito que era más bien un alarido salvaje:

—¡Aijuna, muchacho e'... yo te gua hacer! ¡Te digo que no tenimos nada, y basta! — Y siguió murmurando entre dientes: — Estos maulas en cuanto tienen un costal de harina pa comer un día, se echan de panza al sol y esperan que se los lleve el diablo...

Bien conocía el pobre muchacho lo terrible que era su padre, cuando se trataba de "haberes", para insistir, y enmudeció inmediatamente.

Era tan grande la aflicción que sentía su alma ingenua y creyente, llena del temor a Dios, que se atrevió a hablar.

Daban vueltas y vueltas en su cabeza afiebrada por esta honda preocupación, frases entrecortadas de la plática que cierto domingo escuchara al cura aldeano: "Es un grave pecado, hijos míos, tener y no dar..." "Sed caritativos con el hermano y también con la Iglesia que es la casa de Dios y necesita de sus verdaderos fieles..." "Será condenado el avaro..." "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja y no que un rico se salve..."

—¡Oh! — se decía para sí con profunda amargura. — ¡Ta condenau mi Tata! ¡No da nunca y siempre rezonga pa entregar los diezmos y primicias al Señor Cura!

Se afligía en estas acerbas reflexiones, cuando vió venir hacia ellos un anciano miserablemente vestido, montado en un asno flaco, que acercándose resueltamente al padre, le pidió un poco de tabaco para fumar, aduciendo que le dolía horriblemente la cabeza ,a causa de no haber "arrimau un pucho a la boca" desde hacía más de tres días.

Este contestó que no podía darle nada porque no tenía ni para él.

El muchacho miró las mulas que ya se caían

al peso de las cargas, fué a suplicar, pero la mirada terrible de unos ojos vidriosos y contraídos por la ira lo hizo desistir.

—Aunque siá un poquito pa pitar — repitió el viejo rogando.

—No tengo ni pizca, ni pizca, ni p'un cigarro — contestó el arriero, castigando su cabalgadura, y siguió al trote largo su camino.

Como una maldición sonaron en los oídos del mocetón las palabras del mendigo dirigidas a su padre: ¡Dios te lo hay recompensar!

Cayó la noche sobre los campos inmensos, cubriéndolo todo con su manto sin astros. Más sombría que nunca llegó, para mayor dolor de aquella alma atormentada. En la imposibilidad de seguir, se dispusieron esperar la luz del nuevo día, en un "desplayau", a la orilla del camino.

Arreglaron las mulas de carga, desensillaron las que montaban y cansados por el largo viaje, no tardaron en dormirse profundamente, sobre los cueros de sus aperos.

No bien clareó el alba, el muchacho se despertó sobresaltado; de un brinco se puso de pie, y miró a todos lados... Una soledad y un silencio profundos le rodeaban.

Le llamó la atención que en el mismo lugar donde ataron las mulas, se extendía un hermoso y verde tabacal, marcando el ritmo del vien-

to con las gráciles pantallas de sus hojas... Pero... ¿y las mulas?... ¿y las cargas?....

¿Y mi padre?—se preguntaba

La mano brutal del presentimiento le estrujó el corazón, y enronquecido por la desesperación, gritó:

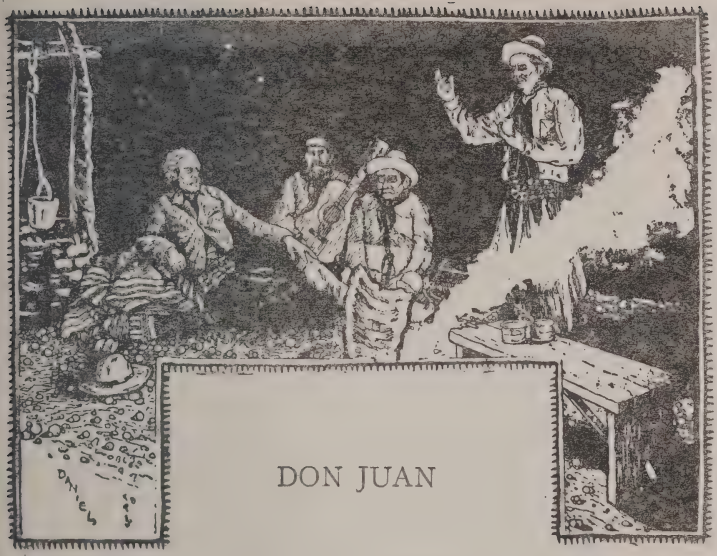
—¡Tata!... ¡Tata!...

Un ave extraña, como jamás viera otra, vino a posarse sobre una copa vecina y contestó a su llamado con un grito salvaje. Extrañado la miró fijamente, y en el pico ganchudo, en los ojos ávidos, ansiosos, le pareció reconocer las facciones de su padre, tuvo la visión del castigo divino, y santiguándose cristianamente huyó despavorido.

Cuentan los lugareños que aquel viejo harapiento que imploraba la caridad por los caminos, era Dios en persona, que celoso del obrar de sus hijos volvía, y para ejemplo de los mismos impuso un castigo tan severo al avaro: las mulas se transformaron en tierra; de las cargas brotaron los tabacales que en la actualidad se cultivan en las faldas de las sierras puntanas, y el arriero tomó la forma de la lechuza agorera y repulsiva que a la vera de los caminos repite, como en una obsesionante rememoración de su culpa, el breve diálogo:

—¿Tráis tabaco?
¿Tráis tabaco?
—¡Ni pizca, ni pizca,
ni p'un cigarro!

DON JUAN



DON JUAN

"Hacerse el zorro muerto".
(Refrán popular).

Ni uno solo de los animales del bosque ha ganado nunca al zorro en astucia y perspicacia.

El acervo folklórico está lleno de sus aventuras y correrías en las cuales es siempre el héroe triunfador.

Las alas de las aves no son obstáculos para atraparlas, eligiendo la mejor, y se ha reído mil

veces de las garras del león y del tigre. ¡Oh el tío tigre! Ha sido víctima, como ninguno, de sus picantes bromas. El zorro es el único personaje de los campos que ha tenido la osadía de burlarse en las propias barbas del poderoso soberano.

¿De los perros y del hombre? ¡Ni qué decir! Los engaña miserablemente.

Si alguna vez se ve perdido, llega hasta fingir la muerte en admirable comiquería: yase ahí, estirado, tieso, duro, inmóvil; los perros lo dan vuelta, lo muerden; se le pega, se le hace rodar como a un tronco, se llega hasta quemarlo, y no se mueve; se intentan todos los medios de comprobar su mentira, pero es inútil: ha muerto.

Cuando todos se retiran y un silencio completo delata la ausencia de sus enemigos, con suma cautela y poco a poco, va abriendo uno de los ojos... Si nada le anuncia peligro, abre el otro en la misma forma y con el mismo cuidado que el anterior; observa lo que su forzada posición le permite; se queda un momento así, escuchando con profunda atención... Si nada le asusta, acomoda el cuerpo con lentitud y cuidado únicos, así como los miembros, uno a uno, de modo que le sea fácil, en un momento propicio, dar un salto, y huir.

Si en cualquiera de estas actitudes alguien

se acerca o se produce el más mínimo ruído sospechoso, nuestro actor cae de nuevo en el abandono y posición de un verdadero muerto. Cuando nada de esto se produce levanta la cabeza, temeroso, y con toda cautela va dominando poco a poco el campo: a izquierda, a derecha, hacia atrás, hacia el frente... Convencido de su libertadora soledad, se pone de pie de un brinco y se da a la fuga con la ligereza de quien lleva la vida en sus remos.

De esto hablaba, festejando con sonoras carcajadas la astucia de nuestro personaje, el grupo de paisanos sentados en el amplio patio, junto a la puerta del rancho, envuelto en la luz opalescente de las estrellas, en una de esas incomparables noches de estío.

Era la hora de los cuentos, de los aparecidos y las aventuras.

Uno de ellos, ávido de algo maravilloso que pusiera su espíritu al unísono con el hondo misterio en que soñaba la naturaleza y florecía sobre el mundo aquella noche oriental, preguntó al más anciano de la rueda:

—¿No si acuerda, don Tiófilo, la historia del zorro cuando jué cristiano?

—¡Cómo nu hi di acordarme, si tuavía se sigue llamando don Juan, como cuando era gente!

Y contó el maravilloso relato que venía a descifrar el por qué de la existencia de don

Juan Zorro; de la inimitable agudeza y de la picardía inaudita del simpático y mañoso aventurero de los bosques y las breñas.

* * *

Aquel hombre parecía una creación diabólica. Las gentes afirmaban que, en la Salamanca, vendió el alma a Satanás a cambio de "memoria y cencia".

Era sumamente inteligente, todo lo sabía, todo lo pensaba mejor que nadie. ¿Las leyes? Ningún juez las conocía ni las interpretaba mejor que él, pero eso sí en contra de los demás y en su propio beneficio, por lo cual llegó a ser el terror de los habitantes del lugar, a quienes tenía en continua zozobra de verse mezclados en sus infernables maquinaciones: pleiteador sin motivos o con ellos, arruinaba sin compasión tanto a los poderosos como a los humildes. Se reía de todo el mundo y a todo el mundo humillaba.

Vivía inventando demandas y juicios para dejar a la calle al primero que se le ocurría, y era tan astuto y perspicaz, que siempre había de vencer, en la más encarnizada de las contiendas. Era temido y odiado.

Jamás tuvo a uno solo de sus enemigos frente a frente, y le arrojó a la cara una palabra de reto; jamás se batió en lance público; nadie

recuerda haberlo oído gritar una verdad, o abofetear el rostro del primero que lo insultó como a un villano.

¡Ah, pero él ejercitaba la más cruel de las venganzas! Gustaba de poner a los débiles en serios aprietos y colocar a los fuertes en las más ridículas situaciones. Una ironía instintiva y mordaz, era su caro patrimonio. ¡Oh las delectaciones de su espíritu picaresco después de uno de esos triunfos que hacía conocer su nombre muchas leguas del pago!

No había quedado uno solo de los habitantes del pueblo sin recibir el zarpazo certero del diabólico letrado, los cuales, reconociendo impotente contra su genio invencible a la justicia de los hombres, sólo esperaban en la justicia divina, a la que invocaban formulando la misma maldición que de todos los labios se escapaba: ¡Permita el Cielo que se convierta en animal!

El Altísimo escuchó la protesta de los justos, y castigó al mal hijo que tan pérfidamente empleaba los dones misteriosamente adquiridos, convirtiéndolo en ese carincero andariego y socarrón, de elástico y alargado cuerpo, de orejas empinadas, en actitud de atender; de hocico fino, puntiagudo, audaz como su misma idiosincracia; de esos ojillos negros, inquietos, penetrantes, donde relampaguea el numen

de su picardía incomparable, y de esa cola abundante, esponjosa y larga como su propia fama.

Maldecido para siempre, ha de ahuyentar a cuantos le oigan, voceando su nombre con fuertes y destemplados gritos, como un aviso humillante de su funesta presencia:

Juan... Juan... Juan...

Esta es la mala fama del bicho, mi amigo, continuó el narrador, por eso es disgracia encontrar un zorro en el camino.

EL TERO Y LAS VIZCACHAS

EL TERO Y LAS VIZCACHAS

A la Sra. Filomena B. de Battini, cariñosamente.

Ya había dicho doña Sunta, la buena amiga nuestra, que hubo una época en que no existía un solo animal. Mas, el Señor castigó a los hombres que no supieron mantenerse dentro de las virtudes que él había predicado, convirtiéndolos en seres inferiores, de cuerpo deforme y corta inteligencia, siendo éste el origen de la fauna que habita la tierra.

Cada vez que le interrogábamos por alguna de estas maravillosas metamorfosis, la vieja criolla fruncía el ceño, entornaba los ojos, y frotándose las manos apergaminadas y morenas, comenzaba el relato, dejándonos conven-

cidos, al terminar, de que había puesto ante nosotros la esencia misma de la verdad. Aquella tarde correspondía al tero y la vizcacha hacer la entrada triunfante en el escenario en que los presentaba la fantasía popular.

El tero había sido un fuerte comerciante, socio de la vizcacha, en compañía de quien llevaba a cabo los negocios más atrevidos y ventajosos, habiendo llegado a ser, ambos, las personas más acaudaladas del lugar.

Por asuntos comerciales, el tero se vió obligado a hacer un largo viaje.

Durante su ausencia, la vizcacha robó cobardemente a su socio: vendió cuanto pudo, y escondió debajo de tierra lo demás. El mismo se ocultó en un sótano para no ser descubierto, del que sólo salía de noche, después de haberse convencido de que no existía ningún peligro cercano.

Grande fué la aflicción del tero al volver y saberse víctima de tremenda audacia. Buscó inútilmente por todas partes al mal amigo y peor depositario de su fortuna, y al convencerse de lo inútil de la tarea, se abandonó en brazos de la más honda y trágica desesperación. Un llanto hirviente como lava, noche y día quemaba despiadadamente su corazón y sus pupilas.

Nada en el mundo podía consolarlo de ha-

ber perdido cuanto tenía, de saber huérfanas sus manos codiciosas de aquello que era para él su esperanza, su amor, su vida...

Pasaron días, semanas, meses, y aquel llanto de desolación seguía corriendo como de una fuente inagotable...

Había vivido largos años en la sola tarea de acumular riquezas, con la única esperanza de poder contemplar cada día más numerosa la noble grey de sus monedas de oro, y he aquí que se encontró sin ellas. La vida le era inútil. Había muerto su más dulce sueño, por eso lloraba a todas horas su incomparable desventura.

Dios, entonces, castigó a sus hijos ciegos por la codicia y la ambición.

Condenó al ladrón a vivir en oscuras y desmanteladas madrigueras, custodiando eternamente el vil motivo de su delito, receloso siempre, en continuo sobresalto, presa de la angustiosa inquietud de quien espera ser descubierto a cada instante, atisbando ansioso la salida de la cueva...

Convirtiólo en un roedor insaciable, a quien perseguirían en todas partes por perjudicial, de cuerpo alargado y estrecho, en donde colocó la más horrible de las cabezas... esa fisonomía espantosa, debía ser el fiel reflejo de la fealdad de su alma...

Al otro, al tero, por haber llorado y amado

con demasía los bienes de la tierra, le convirtió en ave y le enrojeció para siempre las pupilas.

Le hizo nervioso, alarmista, presentándole a cada momento la imagen del amigo traidor, a quien está condenado a buscar durante todos los días de su vida.

Y sigue, aquel que no supo otra felicidad fuera de la mezquina que dan los bienes materiales, en su búsqueda desolada e inútil a través de todos los senderos de la tierra....

EL CHINGOLO

EL CHINGOLO

ERA de menuda estatura, movedizo, charlatán, y estaba orgulloso de saberse el mejor cantor del pago.

Eternamente emperifollado, dispuesto siempre a galantear, a discutir o a batirse en duelo criollo, sobre todo si se trataba de asuntos amorosos.

A las mozas se les iban los ojos y les palpitaba de prisa el corazón cuando lo veían pasar, pero era un ateo incorregible, y eso las hacía temblar...

Bien felices se hubieran sentido las madres teniéndolo por yerno, mas, hablaba tan mal de la Santa Iglesia, que haciéndose la señal de la cruz, volvían la cabeza a otro lado.

Un día, después de un oficio religioso en que el sacerdote pidió a los fieles una ayuda pecuniaria para reparar la casa del Señor, cuyo te-

cho amenazaba venirse abajo, su atrevimiento llegó al colmo: en el propio templo, en presencia de todos prorrumpió en palabras insultantes contra la fe cristiana y sus instituciones, y como su cólera extremara, golpeó con los tacones de sus botas los muros diciendo con ridícula pretensión que ojalá pudiera derribarlos a patadas.

Está demás decir la indignación que se apoderó de los habitantes del lugar. Cada cual comentaba el caso a su manera e ideaba la pena que correspondía al hereje. No falto entre las "beatas" quien exhortara a gritos por las calles, que le quemaran vivo en una hoguera pública.

Como es de suponer, la policía intervino para evitar el linchamiento, pero encerrándolo cuidadosamente. Se le colocó el bonete de presidiario, le engrillaron, y así, expuesto a la más denigrante de las afrentas, lo condujeron a la cárcel.

La justicia de los hombres no era suficiente para lavar tremendo crimen, y el profano sintió, sobre su vida, la mano de Dios que lo castigaba en su vanidad y en su ignorante descreimiento.

En la oscuridad trágica de su celda oyó la voz del Señor llamándolo a la verdad de su Credo. Las dulces y amorosas palabras del

Maestro, no consiguieron sino irritar más a esta alma extraviada, que sólo tuvo la convicción del error en que pasó su vida, cuando se transformó en este pajarito audaz y nervioso que aún lleva puestos el gorro y los grillos como recuerdo de su culpa.

Ellos le obligan a caminar a saltitos y a hacer su nido humildemente en el suelo, puesto que no le es dado como a las otras aves morar en las alturas, cerca de Dios, pero en la arrogancia de sus movimientos y el garbo de su figura, aún conserva rastros de su antiguo renombre de "mozo decidor" y de galán apuesto.

LOS SAPOS

LOS SAPOS

SINTIÉNDOSE viejo y viéndose sin familia a quien legar sus cuantiosos bienes, aquel noble campesino resolvió llamar a sus herma-

nos, que eran numerosos y vivían en estancias vecinas, a fin de repartirles cuanto tenía.

La reunión se hizo en el amplio patio, bajo la sombra de los talas centenarios.

El viejo luchador parecía un profeta bíblico, departiendo con sus discípulos, ante el panorama eglógico de los campos en flor.

La nobleza y la sinceridad de un corazón abierto a todo lo bueno, se reflejaban en su rostro bondadoso, en su palabra mesurada, en su ademán sereno.

No conocía a fondo a sus hermanos, pero sabiendo cuanto le amaban, a juzgar por las repetidas manifestaciones de éstos, pensaba con íntima alegría de qué manera se estorbarían cuando él muriera, para cumplir cristianamente con las obligaciones de su cuerpo y de su alma. Por eso, para evitar discusiones y desacuerdos, pensó encargarle a cada uno una cosa diferente, y morir así, confiado en manos cariñosas. Quiso que ellos mismos lo eligieran, y principió preguntando "quién le ayudaría a bien morir..." Su sorpresa no tuvo límites cuando todos contestaron en coro, negándose a hacerlo...

Siguió, empero, no ya con su acento plácido, sino con el nervioso y trémulo de la amrgura. Interrogó "quién lo velaría", "quién lo enterraría", "quién rezaría por su alma..." pero a todo contestaban aquellos hermanos sin co-

razón que no podían hacerlo. Mas, cuando preguntó quién cargaría con su fortuna, todos contestaron al momento: yo, yo, yo...

La justicia divina cayó sobre aquellos monstruos humanos, convirtiéndolos en el acto en inmundos batracios...

Una fuerza irresistible los empujó al agua. Estaban condenados a vivir en ese medio líquido, donde jamás tendrían nada, donde nada podrían guardar porque todo es desmenuzado por el poder destructor de las inquietas moléculas del agua.

Para recordarles la maldad de sus almas perversas, deben reproducir todos los días la escena de la estancia, repitiendo las fatales palabras porque fueron castigados.

Por eso es que a las orillas de las charcas y represas se reunen, y empiezan, con las cadencias y monotonías de un rosario:

Uno pregunta:

—Cuando yo me muera,
¿quién me ayudará?

El coro contesta:

—Yo no, yo no, yo no...
—Cuando yo me muera,
¿quién me velará?
—Yo no, yo no, yo no...
—Cuando yo me muera,
¿quién me enterrará?
—Yo no, yo no, yo no...

—Cuando yo me muera,
¿quién me rezará
—Yo no, yo no, yo no...
—Cuando yo me muera,
¿quién me heredará?
—Yo, yo, yo, yo...

LOS TEROS

LOS TEROS

Habían sido los teros, en lejanas épocas de la historia del mundo, los mozos más acaudalados de la región en que vivían. Extendíanse sus heredades por leguas y leguas, y el ganado que pacía en ellas era incontable. Quintas, molinos y palacios diseminados por doquiera, completaban el fabuloso patrimonio que les dejara al morir, su padre, producto de largas fatigas y sacrificios sin cuento.

Presumidos, atildados, vanidosos y dueños de una fortuna que nada les había costado, principiaron a gastar de ella sin medida y sin miramiento alguno.

Eran infaltables a las fiestas, reuniones o convites donde hubiera que gastar y divertirse. Ellos mismos los organizaban a cada momento y con cualquier motivo.

Los días de holganza y de derroche se suce-

día unos a otros, de modo que los disipados caballeros no se ocupaban ni en saber de sus haberes que iban en constante disminución.

Una turba de amigos los seguía, adulaba y avivaba en ellos el afán de holgorio y de divertimiento.

De este modo se les fueron como por entre los dedos sus cuantiosos bienes, quedando en la miseria más espantosa.

No pudiendo soportar las miradas compasivas y las palabras irónicas de sus propios amigos, huyeron a lejanas regiones, donde profundamente arrepentidos y amargados, ellos mismos se maldijeron.

Cayó la maldición sobre sus cabezas, convirtiéndose por ella, en el acto, en estas aves nerviosas y esquivas que aún llevan visibles en el cuerpo, la corbata y la camisa, únicas prendas que en tan vergonzosa miseria les quedó sin vender. Conservan todavía en sus ojillos negros e inquietos, el círculo rojo delatador del abundante llanto que vertieran ante la inmensa desgracia que derrumbó sus vidas.

Por eso es que los teros son tan huraños: temen como nadie a las miradas indiscretas que han de descubrir a sus hermanos, la ridícula situación en que vivirán para siempre.

EL CRESPIN

EL CRESPIN

Al caer la tarde y al nacer el día el triste grito de la mujer trocada en ave se extiende por las quebradas y los bosques, llamando al compañero que nunca volverá: ¡Crespín!... ¡Crespín!... ¡Crespín!...

Los campesinos de mi tierra sienten honda

conmiseración por aquella, que en su llanto desolado, va diciendo su incomparable dolor.

Muchas veces, curiosas pupilas la buscaron en la fronda, pero inútilmente, porque huye de la mirada de los hombres como impulsada por el pudor de su desgracia.

Así lo afirma la trágica leyenda de su origen.

* * *

Crespín fué el hombre de suerte en aquella memorable jugada.

No quedó uno solo de los concurrentes a la pulpería que no fuera "desplumáu" por él, a las barajas o a la taba. Les ganó cuanto tenían, pero en buena ley.

Cargado de bolivianos, patacones y "priendas", tomó el camino en dirección a su casa.

A ambos lados del tortuoso sendero se extendía el monte, espeso, cargado de frondas, en pleno mes de noviembre, envuelto en ese silencio pletórico de sonidos sordos y murmullos confusos, ese silencio característico de los campos salvajes.

Mientras marchaba, nuestro hombre, iba pensando en la tierna mirada con que lo acariciarían los ojos profundos de su bien amada china al verlo llegar, y después, su júbilo al saber la fortuna guardada en las alforjas que

tejieran sus manos. Era feliz imaginándose de nuevo en su ranchito perdido entre los bosques, y empezó a cantar, alegre como el zorzal que vuelve al nido:

El ponchito del mozo
se deshilacha,
por los ojazos negros
de una muchacha.

Uno de los perdedores, rencoroso y perverso, que allá, en el ambiente cálido y aguardentoso de la pulpería juró vengarse, lo seguía de cerca, al amparo de las sombras y los árboles.

Así marcharon largo trecho: el uno saboreando los halagos de la fortuna y del amor, el otro, enceguecido de envidia, sediento de sangre y de venganza, llevando en el alma la venenosa avidez de cien lobos hambrientos.

En el lugar y el momento que al malvado parecieron más propicios, apareció de repente: revoleó el lazo certero, y arrojó la armada que vibró estridente sobre la cabeza del viajero desprevenido y fué a abrazársele a la cintura sujetando a ellas los brazos, imposibilitándole para todo movimiento. De un solo tirón lo arrancó del recado, y a la cincha de su caballo, lo arrastró hasta dejarlo destrozado.

Quedó así satisfecha su venganza y saciada su codicia con la abundante cosecha de aquel oro maldito.

* * *

A la sombra de los bosques nativos, la fiel compañera gemía y esperaba...

La soledad y la incertidumbre la abrumaban... No conocía los senderos, ni los bosques vecinos que a otros bosques se enlazaban, pero la fuerza del amor, la más poderosa en la mecánica del Universo, la empujó hacia lo desconocido...

Sangrantes los pies, razguñado el cuerpo, revuelto y cortajeado el cabello, desfalleciente de cansancio, una noche, dejóse caer pesadamente sobre el césped: vióse impotente, miserable y flaca para realizar tamaña empresa de encontrar al dulce compañero, y de hinojos, en el profundo seno de los campos, a la luz de las constelaciones, levantó los brazos implorantes y pidió al Supremo la ligereza y la agilidad del ave...

La tierra y el cielo fueron testigos del milagro: fuerza extraña la inmovilizó en la actitud en que imploraba. Empequeñecieron cuerpo y cabeza; fueron borrándose poco a poco las facciones: de las sombreadas pupilas de mirar

sereno, sólo quedaron dos puntos negros y brillantes, dos ojillos inquietos, y la boca y la nariz confundidas, se alargaron en la córnea prominencia de un pico; las débiles piernas se flexionaron, encorváronse los pies, se alargaron los dedos y se afinaron las uñas. La inmensa y revuelta cabellera pegóse al cuerpo y lo cubrió completamente con la suave y tibia caricia del manto de plumas en que se transformara.

Sólo los brazos quedaron libres, extendidos hacia el infinito, pero no habían de escapar a la providencial metamorfosis. Largas plumas brotaron de cada poro de la piel que los cubría, quedando así transformados en los graciosos abanicos de sus alas.

En el lejano horizonte clareó la luz del nuevo día...

La mujer sintió el extremecimiento y la ansiedad del ave en que se convertía, y agitada en la embriaguez del vuelo, partió hacia la aurora, llenando la soledad del campo con su implorante llamado...

...Y aún busca, con la obsesión de lo imposible, al amado que nunca encontrará. Por eso es que al caer la tarde y al nacer el día, se oye el grito lento, tembloroso, lastimero, del ave eternamente sola y esquiva, cuyo nido nadie ha visto jamás y que gimiendo llama: ¡Crespín!... ¡Crespín!... ¡Crespín!...

LA ARAÑA

LA ARAÑA

Había en la tarde serenidad de égloga. De vez en cuando interrumpía el silencio campesino el canto de alguna cigarra o el balar de la majada que volvía al redil.

En el patio, ahondado a fuerza de tanto raspar con la "pichana", las dos hilanderas hablaban pausadamente, con frases breves, a veces incompletas, y con frecuentes reticencias.

La una, joven y hermosa, inclinada sobre el telar doméstico, movía las manos regordetas en la tarea de cruzar los hilos y mover acompasadamente la pala tejedora. La otra, cincuentona, seca y arrugada, hilaba un blanquísimo vellón, haciendo bailar el huso con una maestría admirable, a medida que iba consumiendo su cigarro de chala.

La primera, echándose hacia atrás y suspirando, dijo:

—...¡Y Cliofe quiere el pelero mañana!...

—Así es — contestó la vieja.

—Ucha, mama, si juera araña, yo, no?

—No dig'eso m'hija.

—Pa ser ligera, decía.

—¡Peru es maldita!

—¿Quién dice?

—Mi finadita madrina me contaba cuando yo era chica, y no sólo ella, mucha gente sabía el caso, fué princesa l'araña...

—¡Diande!...

—Peru hace mucho... y tenía un palacio di oro.

—¿Y and'era eso?

—En otras tierras sería... Ponderan cómo era di orgullosa y mala con los pobres.

—Bah... todos los ricos son lo mesmo.

—¡Ah, pero nu habíu otra mujer de su laya! ¡Todos le tenían miedo! A los qu'iban a pedirle un favor los hacía sacar a palos. A otros les hacía quemar el rancho y la chacra pa solo divertirse.

—¿Y nu había autoridá?

—¡Qué l'iban hacer, si era amiga de los reyes y los príncipes más poderosos!...

Muchos se querían casar con ella porqu'era muy linda.

—No conocían la leña, ¿no?

—No, po, si se hacía la güena, pero ansina la pagó...

Una vez jué una viejita muy pobre a pedirle algún trapo de los qu'ella tiraba p'hacerse un rebozo, porqu'el suyo estab'hecho hilacha, pero... ni acabó di hablar, cuando la mandó botar a palos del palacio. Entonces, la viejita, l'echó una maldición muy grande...

—¿Y le alcanzó?

—¡Claro!

—Sería la Virgen...

—Así dicen. Por su maldición, toitas las riquezas de la mala se l'hicieron humo y ella se convirtió en araña, ese bicho tan fiero, peludo y ponzoñoso, y tuavía, pa pior castigo, tiene que tejer toda la vida como el más necesitáu de los pobres.

—¿Su madrina lo vido?

—No, pero el agüelito d'ella sí.

—Y agora ¿ya no pas'eso?

—Quién sabe nomás, asigún el pecáu, será; pero ya todos tienen más escarmiento.

La noche había llegado sigilosamente.

Las dos mujeres que ya no trabajaban, quedaron pensativas, la mirada fija en las sombras que envolvían el campo, absortas, quien sabe en que hondos pensamientos sugeridos por la misteriosa evocación de la vieja.

LA LECHUZA

LA LECHUZA

CUENTAN viejas leyendas campesinas que hace ya muchos años, vivía en la región una viuda, modelo de virtudes, en compañía de

su única hija. Por ella trabajaba la mujer rudamente y sin descanso desde la muerte del esposo, pero mal pagaba la niña sus afanes y desvelos. Mostrábase áspera y cruel. Jamás abrigó su corazón un sentimiento misericordioso ni formularon sus labios una palabra tierna para la autora de sus días, en recompensa de tantos sacrificios.

Amábala la madre hondamente buscando un consuelo para su viudez desventurada, pero ella se complacía en amargar sus horas con manifiesta perversidad. Desaprobaba sus actos, refutaba sus palabras, la desobedecía descaradamente, y hacía, en fin, todo lo que pudiera ocasionarle sufrimiento, mas, aquella santa la perdonaba desde el fondo de su alma, no mimando en ello, sino caprichos pasajeros de criatura mimada.

Anunciáronse por entonces, grandes fiestas en el pueblo inmediato en honor del Santo Patrono del mismo, y allá fué la moza, con gran contento de la madre que no vivía sino pensando en verla feliz.

Quiso la casualidad que la pobre mujer enfermara, y necesitando, en la soledad en que se encontraba del cuidado y la compañía de la hija, mandó por ella. Esta, se negó a volver.

La enferma agravaba.

Por dos veces más se insistió en el llamado, pero encolerizada y protestando de que se la incomodara de esta manera por causa tan baladí, la joven dió su negativa tan rotunda como en la vez primera.

Grande fué el dolor de la moribunda al saberlo, y en la desesperación de su infortunio y el delirio de la fiebre que la consumía, exclamó: ¡Maldita seas, mala hija!

La maldición de la moribunda cayó sobre la cabeza de la perversa. Esa misma noche, mientras dormía, se operó en su ser una rápida metamorfosis: creyéndose víctima de horrible pesadilla, se debatía en balde para desasirse de los invisibles enemigos que en las sombras la torturaban... Fué perdiendo, poco a poco su envoltura humana... Tuvo al fin la exacta noción de la realidad, y al verse convertida en ave, comprendió la inmensidad de su culpa... Un ímpetu de volar la arrojó del lecho, y por la abierta ventana de la alcoba, se lanzó hacia el espacio....

El recuerdo de la madre la obsesionaba, y el acerbo arrepentimiento de su ingratitud la empujó en dirección a su rancho.

Ya en él, pasó varias veces por la puerta, rozando con sus alas el alero, con la ansiedad de penetrar o de anunciarse. Intentó gritar, llamar a su madre, pedirle perdón, pero en su

garganta reseca, había muerto para siempre la voz. Sólo pudo arrancar en su desesperación un "chistido" estridente y seco, que se alargó como una nota trágica en el hondo silencio de la noche.

—¡Cruz Diablo! — dijo una comadre santiguándose. — ¡Ave María! — murmuró otra.

"El Señor la reciba en su Reino" — corearon las que rodeaban el lecho, al asistir a la enferma en su último suspiro.

Todos estuvieron de acuerdo en que aquella ave extraña había apurado la muerte de la pobre mujer, y en que era su propia hija que volvía, trocada, por obra de su maldición en ese bicharraco nocturno.

Y este fué el origen de la lechuza... Sus ojos, no iguales a los de ningún otro ser de la creación, llevan en sí todo el horror de la tragedia: inmóviles, inmensamente abiertos como agrandados por una visión repentina, porque expresan el terror y la desesperación que sacudió su alma ante la escena aquella de la madre muerta. A veces, su mirada parece fijarse en un punto tan lejano, que nadie podría precisar; es vaga, abstraída, llena de una tristeza infinita, porque refleja el profundo dolor de su tremenda culpa.

Los campesinos afirman que es mensajera de muerte, viviendo en complicidad con el Dia-

blo y con las brujas que al amparo de las sombras se entregan a prácticas misteriosas, a cuyas raras escenas asiste y alienta con su presencia. Esto es lo más duro del castigo de quien encarna el alma de mujer tan perversa, y tratan de espantarla de sus moradas adonde sólo llega para anunciar desgracia.

Cuando el chist... chist... del ave nacturna se deja oir cerca del rancho, en el profundo silencio de los campos dormidos, hondo estremecimiento sacude el corazón de sus habitantes y conjuran el peligro con las palabras clásicas: ¡Cruz Diablo! ¡Cruz Diablo! ¡Ave María!

EL BOYERO

EL BOYERO

Se dice que este pájaro fué un pérfido cuidador de bueyes: sangraba con la aguda picana, sin piedad alguna y sin ningún motivo a los mansos y sumisos animales, por el solo placer de verlos dar brincos de dolor, o hacer contorsiones con sus pesados cuerpos.

Preferían, los pobres brutos, estar amarrados a la enorme carreta o sujetos al rústico arado, antes que permanecer bajo la custodia del boyero cruel.

Esta maldad y esta cobardía lo perdieron, y por ellas tomó la forma del pajarito que lleva su nombre, negro como su alma perversa, que a la madrugada deja oir el silbido característico con que arreaba a los bueyes: shill... shill... shill...

EL PECHO COLORADO

EL PECHO COLORADO

Chío, chío, chío,
le corté el cuello
con un cuchío.

Dice así en su canto el pecho colorado, y las palabras onomatopéyicas en que se traduce, me recuerdan la leyenda casi olvidada, que hace ya muchos años escuchara.

Encarna el pintado pajarito a aquel traidor que matara cobardemente a su mejor amigo. Interrogado por el comisario, lo negó rotundamente, sin advertir las huellas que el hecho sangriento dejara en sus ropas, lamentándose entre sollozos de la ligereza con que se lo juzgaba.

—¿Y qué quiere decir esa sangre? — preguntó el representante de la justicia ante sus negativas, indicándolo.

El hombre se miró aterrado: sobre su pecho se extendía una mancha espesa, compacta, fuertemente adherida, intensamente roja... la sangre delatadora del crimen, y ante aquella prueba irrefutable, vencido para siempre, lo confesó todo.

El pájaro en que se transformó lleva sobre su pecho la sangre inocente vertida por su mano criminal, y como si esto no fuera suficiente, confiesa la tremenda culpa de su vida, diciendo:

Chío, chío, chío,
le corté el cuello
con un cuchío.

LAS COMADREJAS

LAS COMADREJAS

Habían sido las comadrejas en aquellos tiempos venturosos, hermosas mujeres, en cuya lozana juventud se reunían todos los encantos físicos imaginables. Llevaban en los ojos, en las mejillas en cada una y en todas las facciones, un encanto distinto que admirar.

Nadie había visto, en muchas comarcas a la redonda, rostros más bellos, ni cuerpos más esbeltos: eran las flores más pintadas, más graciosas y más perfectas que la tierra nativa produjera.

Pero, unida a tanta belleza escultórica, llevaban un alma manchada por la insaciable codicia de lo ajeno que las impulsaba a robar.

Desde la más remota época, las generaciones de comadrejas se legaron, unas a otras esa ansia que se abrazó a las entrañas del propio ser con la irresistible fuerza atávica de la raza.

Hacía realmente despreciable sus vidas esta pasión incontenible que las esclavizaba a sus designios vergonzosos: vivían de ella y para ella. Siempre llevaban un saco de lienzo oculto entre sus ropas, destinado a almacenar los mal adquiridos haberes y que cuidaban con tanto esmero como si en él guardasen su propio corazón.

No había una sola casa donde sus dueños no hubiesen sufrido las consecuencias de la amistad con estas incorregibles ladronas que llegaron a ser un verdadero azote.

En los días de grandes fiestas, en las novenas, en los velorios y en toda ocasión en que la gente no se ocupara de custodiar sus propios bienes, ellas aprovechaban grandemente de la confusión, para cargar con cuanto objeto bello o valioso, y fácil de ser trasladado al seno insaciable del saco encubridor, se ofreciera a su paso.

La gente clamaba inútilmente castigo para las hermosas desvergonzadas que nada ni nadie reprimía en la audaz empresa que realizaban.

Un día, el Señor, apiadado de las pobres víctimas, y cansado de soportar tanta indignidad entre sus hijos, las castigó duramente, con la más espantosa de las metamorfosis: la escultórica cabeza de rostro perfecto, tornóse ho-

rrible, estrecha, alargándose en un hocico puntiagudo, poblado de cerdosos bigotes; el incomparable cuerpo de líneas clásicas, quedó reducido a esa miserable masa de carne y hueso, alargado, deforme, de extremidades cortas y largos dedos terminados en finas y encorvadas uñas, dedos ágiles, maestros en el arte de arrebatar, de esconder, de trepar y de huir...; unióse a él una espesa y abundante cola que han de arrastrar en su marcha; cubrióse completamente de una capa de pelo pardo rojizo, y apareció, fuertemente adherida, espantosamente visible, sobre el vientre, la bolsa cómplice de sus innúmeras rapiñas. Como si todo esto no fuera suficiente, agregóse el fétido olor que por todas partes anuncia a las comadrejas, animales en que quedaron transformadas, y que, para mayor repulsión de las gentes que las persiguen y matan, conservan sus artes de rapiña: al amparo de las sombras ambulan por lo más hirsuto de la maleza, ávidas de la prohibida cosecha, hambrientas de pillaje, o se acercan husmeando los gallineros y los zarzos, porque llevan, como nadie, la ciega tentación que incita a la fruta del cercado ajeno.

La bolsa, depósito de sus robos, sirve también de cuna para sus hijos, pobres vástagos que han de respirar en ella el aire pesado del vicio que llevan ya inoculado en las venas, y

arraigado en lo más íntimo de sus entrañas, como herencia fatal de una raza maldita.

¡Casta de ladronas que, por castigo del Cielo, llevará, a través de los siglos, el estigma de la culpa por la que perdieron la investidura humana que un día poseyeran!

EL ATAJA-CAMINO

EL ATAJA-CAMINO

Hacía mucho tiempo que el cielo no dejaba caer ni una gota de agua sobre los campos sedientos.

La luna brillaba a través de aquella atmósfera seca, límpida, llenando el espacio de intensa claridad.

Marchábamos al paso de las cabalgaduras y

un enjambre de evocaciones, en aquella hora y ante aquel espectáculo emocionante de la Naturaleza, invadía nuestra mente.

De pronto, el vuelo de un ave que, surgiendo del suelo pasó rozando la cabeza de mi caballo, interrumpió nuestras ensoñaciones. Fué a posarse unos pasos más adelante, en medio del camino, y quedó allí acurrucada, quieta, se diría dormida, hasta que llegamos a ella. Extendió, entonces, nuevamente el vuelo, para repetir, por mucho tiempo esta maniobra como de impedir o de atajar el paso.

—Ya salió el dormilón — dijo el mozo que nos acompañaba.

Así llaman también a esta ave nocturna que aparece en los caminos de la región mediterránea y acompaña por largo trecho al viajero que se encamina por ellos.

—Aquí no va el que buscáis — volvió a decir, dirigiéndose a ella y espantándola con su "talero", pues, acababa de ponerse ante él.

Las palabras del joven campesino me hicieron recordar el relato mítico que la fantasía popular ha tejido al ataja-camino, explicando el por qué de esta costumbre y de su origen, y que oyera en noches anteriores junto a las piedras del fogón: Es ella la encarnación de una pobre moza engañada y abandonada por no sé que truhán aventurero extraño al pago,

y a quien busca inútilmente desde hace muchos años.

La vergüenza de su pecado, la austeridad de sus padres que no la perdonarían nunca, y el dolor de saberse miserablemente traicionada, le habían hecho imposible la vida en el rancho de donde huyó una noche sigilosamente, dispuesta a buscar al culpable de su desgracia hasta encontrarlo.

Anduvo, desde entonces, errante y peregrina a través de los campos infinitos y a la vera de todos los caminos... Ansiosa atisbaba toda forma humana que aparecía, observaba su rostro, espiaba sus ademanes y sus movimientos, escuchaba su voz... Vió pasar a miles y miles de viajeros, pero en ninguno iba su amor...

Sola y débil, abandonada a las rudas inclemencias del tiempo y de la suerte. agobiada por el peso de su culpa irremediable, sin un techo, sin un mendrugo, hubiera muerto de cansancio, de hambre y de pena si no hubiera sido que Dios apiadado en su misericordia infinita de la más desgraciada de sus criaturas, la transformó en ave.

Sintió, la joven, en todo su ser el milagro de la bendición divina, y poseída del júbilo de los salvados, se lanzó, más fuerte que nunca en su obstinada búsqueda.

El ave silenciosa y dolorida suelta en la noche su vuelo tardo y lento por el peso de su

dolor, agitándose trágicamente entre las sombras y ocultando su voz, para no ser conocida. Eternamente atajará el camino a los viandantes que atraviesen los campos natales, porque lleva el ansia infinita del amor y el poderoso impulso de la esperanza...

La presencia del ave misteriosa debió despertar tristes recuerdos en el alma del paisano que nos acompañaba, porque con cadencia melancólica vibró en sus labios la copla popular que cantaba:

> Buscando a una engañosa
> recorro este mundo indino,
> y aguaito en todas las sendas
> comu el ataja-camino.

LA DEMANDA DE LAS VIZCACHAS

LA DEMANDA DE LAS VIZCACHAS

Ya no se puede más con esas tragonas — dijo el viejo Justo penetrando en el rancho y dejándose caer con abandono sobre una petaca que servía de asiento. — Las himos augáu con agua, con humo; las himos corríu con perros, con plomo, pero si hacen las zonzas.

—¡Malditos bichos! — contestó la vieja, sin dejar de sobar sobre la rústica mesa de algarrobo la torta cotidiana que luego doraría al caliente rescoldo. — Nu hay más que demandarlas.

—Nu hay más. Lo mandé llamar a mi compadre; él sabe "las palabras", y va a ser juez.

Los demandados serían los habitantes de un poblado vizcacheral que diezmaban los alfalfares y maizales ,y para quienes habían sido inútiles todas las tentativas de desalojo.

—¡Cómo! — dije, interrumpiendo la conver-

sación, — ¿van a demandar a las vizcachas?

—¡Claro!

—¿Y ante quién?

—Ahi mesmo se les pide que se vayan. "Las palabras" no las saben toitos, y el que las sabe no las dice porque no puede usarlas más, como el que cura e palabra.

—¿Y qué van a entender esos pobres animales?

—¡Qué no van a entender, si han síu cristianos! Por castigo esas pícaras son tan dañinas y fierazas.

Junto al fuego, mientras ella "enterraba" el amasijo y espesaba el apetitoso locro, me relató la maravillosa historia de cómo las vizcachas perdieron su forma humana, que pasó de padres a hijos, viniendo de un tiempo tan remoto que ya nadie podía precisar (1).

* * *

Salimos al patio.

En la profunda serenidad de la tarde se escuchó nítido el acompasado galopar de un jinete que llegaba. Ladrando, acudieron al guardapatio los flacos perros campesinos, mil veces heridos por la garra del león, azotados otras tantas por las tempestades, pero resisten-

(1) Ver el Mito de las Vizcachas.

tes siempre a las hambres sin cuento y a las interminables correrías.

Cuando llegó el esperado, como les fuera conocido, callaron, y agitando la cola agachada, movible la cabeza de orejas bajas, dulce la mirada y alargado el cuerpo en actitud confiada, le rodearon con el más demostrativo y cariñoso de los recibimientos.

El dueño de la casa salió a su encuentro.

—Güenas tardes, compadre — dijo el viajero.

—Güenas se las dé Dios, compadre. Apiesé.

Después, con religioso recogimiento, hablaron de "la demanda" y concertaron, con el mayor secreto, a fin de que no perdiera su eficacia, el modo cómo se efectuaría la notable ceremonia del desalojo forzado.

Con la irresistible curiosidad de los niños, y gracias a que no se me tenía muy en cuenta, pude enterarme de estas prácticas de la vida campesina y presenciar la escena, oculta entre los alpatacales vecinos al lugar en que se desarrolló, hecho que con la fabulosidad de su contenido impresionó tan vivamente mi imaginación infantil, que no podré olvidar jamás uno solo de sus detalles.

El crepúsculo acentuaba con su grave silencio y sus sombras inciertas el secreto insonda-

ble y misterioso que palpita en el amplio seno de la naturaleza dormida.

Llegados los hombres a las proximidades de las madrigueras, se hicieron la señal de la cruz, musitaron por separado "algo" entre dientes y avanzaron hasta la entrada de las mismas.

Allí golpearon fuertemente con los tacones de sus botas, y cuando desde adentro, contestando, un viejo vizcachón rompió el silencio con su gruñido de bronce: "cum-cum-cum"..., el juez inició la acusación. Don Justo estaba frente a éste y hacía de defensor. En ningún lugar de la tierra se debe confesar sin defensor.

Y principiaron el diálogo, serios y profundamente convencidos, los intérpretes, del papel que desempeñaban:

—Mi han dicho, señoras, que son ustedes unas dañinas, que se comen los máices aquí plantáus.

—¡Nu es cierto, no comimos nada!

—¿Y esas chalas y esas corontas que han tráido p'acá?

—¡Es cierto!

—Mi han dicho, señoras, que ustedes son unas ladronas, que arruinan los campos.

—¡Nu es cierto, si somos güenas!

—¿Y esa leña que tienen áhi amontonada?

—¡Es cierto!

Y así seguían el juez y el defensor, hasta

que, anulada la defensa y comprobadas las acusaciones, se dictó la sentencia:

—¡Están condenadas, entonces—dijo el juez, con tono sentencioso, — a mandarse mudar en el plazo de quince días, si no quieren que intervenga la autoridá! ¡Ya saben!

Al verano siguiente me aseguraron que, después de la demanda, no quedó uno solo de aquellos insaciables roedores que asolaban los campos y sembradíos hasta gran distancia de sus sombrías moradas.

LAS VIZCACHAS

LAS VIZCACHAS

ERAN tan coquetas y amantes del lujo aquellas jóvenes, que todo les parecía poco para engalanar sus primorosas formas, despertar la envidia de sus amigas y llamar la atención de cuantos las conocían.

En aras de esta pasión desordenada gastaban cuanto tenían y cuanto caía en sus manos. Si les faltaba de lo propio, pedían fiado o prestado y no se preocupaban de pagar o devolver. De este modo fué que estafaron y perjudicaron a todo el pueblo, tanto a los ricos como a los pobres y en lo que les fué posible.

Las gentes, convencidas con tan dura lección de lo peligrosas que eran las relaciones con estas mujeres, trataron de evitarlas, pero fué entonces cuando ellas principiaron a ejercitar sus otras malignidades.

Murmuradoras temibles y egoístas sin tasa,

para ellas nadie era bueno ni nada era útil si no les beneficiaba inmediatamente y a plena satisfacción de sus desmedidas ambiciones. La persona que se negaba a sus pedidos o a sus exigencias, caía en la picota: a las pocas horas volaba su nombre por el pueblo, en todas direcciones, unido a enredos y lios imposibles de imaginar. Si no tenía vicios o defectos, le inventaban los peores, los más ridículos o los más denigrantes; si no era autor de hechos vergonzosos o cobardes, se los tramaban a su gusto y paladar, con una habilidad desconcertante.

A cualquier hora que se pasara por la casa de estas malvadas, se oía el murmullo confuso de sus voces, pues, no hacían otra cosa que urdir chismes y tramar intrigas. Vivían atisbando el obrar y el vivir de los habitantes del pueblo para sembrar entre ellos la discordia y el dolor.

Como maniobraban desde la sombra, nadie podía comprobar sus actos ni acusarlas judicialmente, pero tan graves faltas no podían quedar sin castigo, y el designio justiciero del Eterno cayó sobre aquellas que eran la negación de todo lo bueno, convirtiéndolas en estos horribles animales que conocemos con el nombre de vizcachas: quedó reducida la cabeza a esta de ojos medio salidos de las órbitas, de

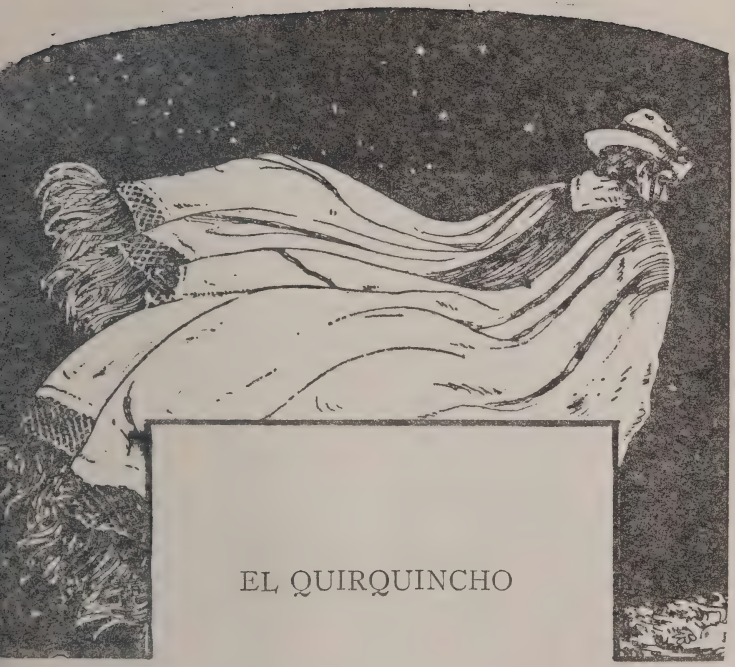
mirar audaz y agresivo; crecieron excesivamente los dientes, esponjóse perdiendo su elasticidad la lengua, y empequeñeció visiblemente la boca perversa, perdiendo, así, el uso de la palabra, el arma vil que tan cobardemente esgrimían. Unióse a ello el cuerpo estrecho, deforme, cubierto de áspero y deslucido pelo, que termina el conjunto de estos voraces roedores.

Cuando se pasa cerca a sus viviendas se oye el confuso y bronco cuchicheo, tara de sus antiguas habladurías, costumbre indigna que, habiendo estado unida a ellas, a pesar de la transformación que sufrieron y de los siglos que pasaron, no han podido olvidar.

En la fealdad incomparable que las caracteriza, llevarán por siempre el duro castigo de sus almas frívolas y perversas.

"Pu eso es que tienen miedo a la demanda las vizcachas" — terminó la vieja, satisfecha de haberme convencido con esta razón irrefutable.

EL QUIRQUINCHO



EL QUIRQUINCHO

Allá, en los apartados rincones de la selva, en aquella época de leyendas en que las costumbres ingenuas y sencillas, hicieron feliz la vida de nuestros antepasados, no sólo a las mujeres perteneció el patrimonio de la industria hilandera, los hombres también se distinguieron en ella, llegando a ser tanto o más hábiles que la más entendida de las mujeres.

Uno de ellos, el protagonista de nuestra historia, era de larga y bien sentada fama.

Día a día llegaban a su rancho, viniendo desde los lugares más apartados, a formularle encargos de peleros, chalinas o cojinillos, en los que su rica fantasía y sus vastos conocimientos hacían derroche de dibujos y colores. Nadie como él conocía los mil secretos del teñido que había arrancado a la naturaleza a fuerza de constante observación y ensayos.

Llevaba en sus prolijas manos el sostén de su familia y el único tesoro de su vida.

Orgulloso estaba nuestro hombre de su arte, que era alabado y ensalsado en todas partes. Por eso quiso tejerse un poncho tan maravillosamente concebido, que fuera la admiración y envidia de cuantos le vieran. Desde ese día no aceptó ni un solo pedido más, consagrándose, por entero, a realizar éste, que era su más grande sueño.

Inútiles fueron las súplicas de su mujer porque reanudara su trabajo, en el que ganaba buenos reales, objetando que faltaba en el hogar mucho de lo estrictamente necesario para los hijos; inútil que le advirtiera el descuido en que se encontraba la chacra y el ganado, porque él estaba sumido en su proyecto magno.

Y fué así como principió a realizarlo.

Sobre el rústico telar primitivo sostenido

por fuertes postes de algarrobo plantados en el patio, principió, con suma atención y empeño, la obra que desde ya imaginaba maestra. poniendo en ella el hondo cariño que sienten los hombres de esta tierra por el poncho, el compañero inseparable en el buen tiempo y en el malo; ya tirado blandamente sobre el catre de tientos, ya envuelto al brazo en los bravos encuentros de facón en mano.

Eligió minuciosamente los madejones, cruzó los hilos y empezó la trama ajustada, compacta, tan hermosamente dispuesta que desde ya evidenciaba todo un primor en la prenda anhelada.

Volvió a insistir la mujer en nombre de sus hijos necesitados porque se hiciera una prenda sencilla como cualquier otra, a fin de que pudiera atender el trabajo de los clientes, pero él, inflado de vanidad, invocaba su fama de perito y lo ridículo de no ostentar una obra maestra.

El monótono ir y venir del peine tejedor entre los hilos y las manos, se mezcló al hondo sentimiento de la copla campesina que comenzó a cantar el hilandero, añorando los tiempos en que era asiduo concurrente a las fiestas del pago:

Por un campo sin verdores
iba llorando de pena:

con el riego de mi llanto
iban creciendo las hierbas.

—"Lindo triste, sigaló amigo"—dijo uno de los paisanos que en ese momento llegaban. Eran viejos amigos que venían a invitarlo a un baile que se daba en casa del compadre rico, donde, según rumores, "se echarían las puertas por las ventanas".

El hombre explicó su situación, pero los otros insistieron.

El mismo deseaba de todo corazón asistir, pues pensaba gozoso de qué airosa manera haría vibrar sus "lloronas" zapateando un gato, o entregaría a la voluptuosidad de la brisa nocturna las tres esquinas de su pañuelo bordado, en los amorosos requiebros de una zamacueca, acompañado de las mozas coquetonas y almidonadas, al compás cadencioso de las guitarras y las cajas.

Las caricias mimosas del placer despertaron al antiguo bailarín y payador; su misma profunda vanidad quedó menguada, y decidió asistir.

Determinó concluir, fuera como fuera. La trama se hizo desigual, floja; los dibujos torcidos, y faltaron por completo los colores que sólo él sabía combinar, tan admirablemente, pero la tarea quedó definitivamente liquidada.

Vistió esa noche el traje dominguero y el

sombrero alón; sujetó a sus lustrosas botas las espuelas de plata, y puso sobre sus recias y bien formadas espaldas el mal tejido poncho, terminando así el arreglo de su garbosa figura.

La esposa le reprochó humildemente, pero con amargura, su conducta: el entusiasmo primero por aquel trabajo que les quitara el pan a los hijos, y el abandono del mismo ante la idea de divertirse y lucirse; pero él, escuchando con profundo desprecio las dolorosas reflexiones, encogióse de hombros y partió.

Marchaba por la angosta senda al galope de su alazán tostado, avivando el recuerdo de las más tiernas estrofas que esa noche cantaría a las parejas de enamorados, cuando un ave nocturna, volando desde la impenetrable oscuridad de la fronda hasta colocarse ante la cabeza de su caballo, aturdió a éste con un sordo graznido y castigóle los ojos furiosamente con las alas.

El noble bruto, enloquecido de espanto, se abalanzó en el aire, sacudiéndose entero sobre las patas traseras, resoplando furioso.

Fué tan intempestiva la conmoción y tan violenta, que lanzó al jinete desprevenido entre las matas de un pajonal inmediato, y emprendió precipitada fuga, perseguido por el continuo aletear de aquellas alas fatídicas.

El hombre quedó anonadado por el golpe: sopor mortífero apoderábase de él y locas visiones cruzaban por el caldeado campo de su cerebro... Manos invisibles flexionaban violentamente sus brazos y sus piernas y tiraban despiadadamente sus uñas... Fuerzas desconocidas lo estrujaban cual si estuviese dentro de un puño gigantesco... Fué teniendo poco a poco la noción de que su cuerpo se contraía horriblemente y cambiaba de forma... Su poncho, con la dureza y rugosidad de un manto de piedra, se adhirió a su cuerpo y lo cubrió completamente.

Allá, en el confín del horizonte, apareció el plácido rostro de la luna, iluminando con su mirada melancólica la sucesión interminable de las copas.

El hombre, consciente ya, largó un grito de espanto que se alargó lúgubremente en el silencio de la noche, al verse preso en la envoltura de un animal extraño.

Presa de angustiosos remordimientos, transido de dolor, huyó, agazapándose entre los huecos de los troncos, donde ocultaría a sus hermanos, al amparo de las noches profundas de los bosques, su tremendo castigo.

Por eso es que la caparazón del quirquincho recuerda el descuido del mal padre, del hombre vanidoso y disipado que prefirió la

holganza placentera a la dulce paz del trabajo: en las orillas lleva placas pequeñas, iguales, prolijamente festoneadas, mientras que hacia el centro se ensanchan, pierden la simetría, recordando la trama desigual del mal terminado poncho. El pobre condenado lo tendrá que llevar por siglos y siglos sobre sus espaldas, y eternamente habitará con el dolor de su tragedia la espesa maraña de los campos salvajes.

INDICE

Prólogo 7
La iguana 23
La lechuza de los caminos 31
Don Juan 39
El tero y las vizcachas 47
El chingolo 53
Los sapos 59
Los teros 65
El crespín 69
La araña 77
La lechuza 83
El boyero 91
El pecho colorado 95
Las comadrejas 99
El ataja-camino 105
La demanda de las vizcachas 111
Las vizcachas 119
El quirquincho 125

ESTE LIBRO SE IMPRIMIÓ EN LOS
ESTABLECIMIENTOS GRÁFICOS
DE PORTER HERMANOS
1583-ENTRE RIOS-1585
DURANTE EL MES
DE OCTUBRE DEL
AÑO 1925

FRANZ C. FEGER
70 FIFTH AVENUE NEW YORK

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041490573